

Lunes XI del TO
Ciclo B



17 de junio de 2024

1Re 21, 1-16

Sal 5

Mt 5, 38-42

P. Eduardo Suanzes, msps

En todos los códigos personales y sociales de comportamiento está presente la «reparación» de las ofensas. Según los códigos morales, no se deben dejar pasar por alto las ofensas, sino que han de ser reparadas, bien voluntariamente, bien por la fuerza. Esta reparación puede ser pública o puede limitarse al ámbito de lo privado. Cuando la ofensa es pública, la reparación ha de llegar a las personas que presenciaron o supieron de dicha ofensa, para que devuelvan en sus mentes a la persona ofendida al lugar adecuado o digno que ocupaba antes de la ofensa denigratoria. Cuando la ofensa es privada, la reparación busca que el ofensor reconozca su error y recolocque en su lugar a la persona a la que ha ofendido, de modo que entre ambas personas, ofensora-ofendida, las cosas vuelvan a su estado anterior, con la persona ofendida restituida en el rango superior del que se le ha querido bajar.

Este complejo mundo de acciones-reacciones en torno a las ofensas tiene un sustento real en la psique humana, en el yo egoico que, consciente o inconscientemente, busca siempre mantener su estatus, su posición, su rango preminente, ante sí mismo y ante los demás.

Y todo esto tiene su importancia, a la hora de entender la propuesta de Jesús y del evangelio sobre actitudes fundamentales para vivir la vida desde el amor al prójimo y desde la renuncia al rango, al honor. Porque del mensaje y actitudes de Jesús parece desprenderse una invitación a relativizar o quitar valor a todo eso que tanto valora el yo egoico como es el amor propio, la dignidad, el honor, la fama o buen nombre ante los demás. En Jesús, todo eso no tiene valor alguno, de ahí que aparezca propugnando actitudes completamente contrarias a la conservación de todo eso.

Es ejemplar en este sentido la enseñanza del sermón del monte del Evangelio de hoy: «*Al que te abofetee en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quiera quitar la túnica, dale también el manto...*». El abofetear en la mejilla era una forma de ofender, avergonzar o retar el honor de una persona. El dicho de Jesús parece afirmar que eso no tiene importancia alguna y que, incluso, hay que despreciar eso que tanto se valora (el honor, la imagen, etc.) presentando la otra mejilla. Lo mismo cuando alguien ofende la integridad de los bienes propios llevándose los: eso no es en absoluto importante ni valorable; es más, el dicho invita a desprenderse todavía más de eso que se estima tanto.

¿Por qué para Jesús el honor propio no tiene valor en el horizonte de la Buena Noticia? Diría que para Jesús la defensa del honor propio, el satisfacer la ofensa recibida etc., no son «valores», porque eso son sólo cualidades superfluas que el ego social concede a los egos individuales para integrarlos en un sistema de dependencia, en un modo de vida

estratificado donde cada cual debe ocupar el lugar que tal sistema le ha adjudicado. Ese aprecio mundano no tiene nada que ver con la persona, con los hijos de Dios, sino que, más bien, es utilizado para controlar y, en su caso, castigar a quien no se ajuste a esas normas establecidas.

El discípulo debe «romper» con ese estado de cosas, debe abandonar esas aspiraciones de «aceptación social» y optar-vivir algo mucho más profundo, radical y transformante de la realidad. Sólo desde aquí se puede entender la «lógica» del abandono de las pretensiones de honor, del estatus social, de las posesiones y del «derecho» sobre los demás. El derecho a la «reparación» de las ofensas debe desaparecer para el discípulo, porque tal derecho implica situarse en un estatus de superioridad social y porque implica valorar ese estatus (ese honor, ese nivel alcanzado) como algo que hay que preservar. No. El camino es el opuesto, y empieza por no tener en cuenta la posibilidad de «ser ofendido» y quitar todo valor a las ofensas («*presenta la otra mejilla*»). Ahí radica la esencia del perdón.

Acuérdense de la parábola del hijo pródigo. El padre no acusa en todo el relato impacto moral alguno por lo que le hace su hijo. Aparece siempre callado cuando su hijo «le ofende» con su arrogancia. Es una forma de expresar que no tiene en cuenta en absoluto «la ofensa» que le pueda hacer su hijo. ¿Por qué? Porque, como muestra después el relato, ese padre sólo puede mirar la vida —y a su hijo— desde los ojos del amor, del *agapé*, de la donación, donde no cabe ningún reproche ni la búsqueda de compensación. Nunca muestra ese padre curvatura alguna hacia su yo egoico porque es todo donación, todo salir fuera de sí: solo es amor donativo hacia su hijo.

El padre del relato (modelo de Dios, modelo del discípulo) renuncia a todos sus «derechos», porque es que, en realidad, a él no le ha pasado nada; es decir, a su «honor» o a su yo no le ha pasado nada, porque tales cosas (honor, yo) son meros constructos mentales o sociales. La actitud ofensiva de su hijo no ha existido para él, ya que tal ofensa sólo puede ser advertida como tal por los ojos de una mente egoica, que es algo que el padre no tiene, porque él no mira desde la mente sino desde el ser, desde el corazón, desde la compasión. La ofensa realizada por el hijo no existe ni cuenta: sólo existe un joven equivocado que inicia un camino de sufrimiento y de rotura, y el padre sólo está pendiente de cómo mitigar ese sufrimiento y cómo recomponer esa rotura. Por ello, tal padre se «abaja», se abraza a su hijo y lo besa, a su misma altura, haciendo suya su rotura y reparándola con su amor acogedor e inclusivo. Por ello, tal padre renuncia a su «derecho» de juzgar a su hijo y de imponerle la tarea de «reparar la ofensa» que ha hecho, porque lo único que está roto es precisamente ese mismo hijo perdido de sí mismo y de todo, el único que necesita reparación es ese hijo roto y maltrecho. Y lo mismo hará con el hijo mayor.

Para seguir el camino de Jesús, hemos de hacerlo con estas «sandalias», que no son las de tener cosas, ni las de buscar la salvaguarda del yo o de la posición propias, ni del honor, ni la de la reparación de la ofensa, sino las de procurar para que la vida fluya (eso es «*busquen el reinado de Dios*»). Y para que la vida fluya, es preciso dejar atrás los viejos esquemas mentales del yo prevaeciente, entre los que se encuentran el honor y la ofensa, para mirar al prójimo no desde la óptica de los derechos vulnerados, sino del amor donativo y vivificante.